

ORACIÓN

Señor Jesús:

Suscita en nuestros corazones una profunda sed del agua viva que eres Tú: calma y sacia nuestra sed. Haz que nos desengañemos de toda otra agua que no sacia el corazón humano.

Despierta en cada uno de nosotros lo mejor que anida en lo más hondo de nosotros, como en la samaritana.

Y concédenos adorarte a Ti y a tu Padre “en espíritu y en verdad” en todas las cosas.

TEXTO

LUCAS 7,18-35

«¹⁸Y refirieron a **Juan sus discípulos** todas estas cosas y, habiendo llamado **Juan a dos de sus discípulos**, ¹⁹los envió al **Señor** diciendo: “¿Tú eres el que tiene que venir o hemos de esperar a otro?”.

²⁰Pero, llegados junto a él, **los hombres** dijeron: “**Juan el Bautista** nos ha enviado a ti diciendo: ¿Tú eres tú el que tiene que venir o hemos de esperar a otro?”.

²¹En aquella hora curó a muchos de sus enfermedades, calamidades y espíritus malos, y concedió la gracia de ver a muchos ciegos.

²²Y, respondiendo, les dijo: “Id a referir a **Juan** lo que habéis visto y oído: los ciegos recobran la vista, los cojos andan, los leprosos son purificados y los sordos oyen; los muertos resucitan, los pobres son evangelizados, ²³y dichoso es el que no se escandalice de mí”.

²⁴Pero, habiéndose marchado **los enviados de Juan**, comenzó a decir a **los muchedumbres** a propósito de **Juan**: “¿Qué habéis salido a contemplar al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ²⁵Entonces, ¿Qué habéis salido a ver? ¿A un hombre vestido con ropas elegantes? He aquí que los que visten ropas suntuosas y viven con lujo se encuentran en los palacios reales.

²⁶Entonces, ¿Qué habéis salido a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. ²⁷Este es del que está escrito: ‘He aquí que envío mi mensajero delante de ti; el que preparará tu camino ante ti’.

²⁸Os digo que entre los nacidos de mujer, ninguno es más grande que **Juan**. Pero el más pequeño en el reino de **Dios** es más grande que él”.

²⁹Y, habiéndolo escuchado **todo el pueblo y los publicanos** dieron razón a Dios bautizándose con el bautismo de **Juan**.

³⁰Pero **los fariseos y los escribas** rechazaron el designio de **Dios** para con ellos, no haciéndose bautizar por él.

³¹“¿Con quién, pues, compararé a **los hombres de esta generación** y a quién son semejantes? ³²Son semejantes a **los niños** sentados en la plaza que se gritan unos a otros diciendo: ‘Os hemos tocado la flauta y no habéis bailado; hemos entonado un cántico fúnebre y no habéis llorado’.

³³Porque ha venido **Juan el Bautista**, no comiendo pan ni bebiendo vino, y decís: ‘Tiene un demonio’. ³⁴Ha venido **el Hijo del hombre**, que come y bebe, y decís: ‘He aquí un hombre glotón y borracho, un amigo de los publicanos y de los pecadores’.

³⁵Y a la Sabiduría le fue dada la razón por todos los hijos de ella”».

COMENTARIO

- Lucas sitúa a sus lectores ante tres escenas sucesivas que comienzan con la mención de una situación (vv. 18-19.24a.29-30) y culminan en un encadenamiento de sentencias notables del Señor (vv. 22-23.24b-28.31-35). Las tres se refieren al Bautista: la primera concierne a sus discípulos; la segunda, al movimiento de adhesión a su persona; la tercera, al rechazo de su mensaje por parte de muchos. Las tres conciernen también al significado de Jesús: forma parte de la esperanza escatológica del Bautista (vv. 18-23); explica la función de Juan en la historia de la salvación (vv. 24-28); y se mantiene a su lado en la misma intención salvífica de Dios y ante el mismo rechazo por parte de los hombres (vv. 29-35).

- *Los enviados del Bautista (vv. 18-23)*: Después de haber presentado al Bautista y de haber definido su papel en la historia de la salvación en los comienzos del nuevo tiempo (1,5-80; 3,1-20), Lucas se centró en la actividad de Jesús, sobre todo en su misión y en sus curaciones en Galilea (4,14ss). Ya entonces ha surgido la admiración y la polémica en torno a la figura de Jesús (4,32; 5,21); más tarde volverán a surgir preguntas y opiniones sobre la identidad de Jesús (9,7-9; 9,18-21). Por eso no es extraño que el evangelista presente aquí la pregunta del Bautista sobre Jesús (7,19-20): «¿Eres tú el que tenía que venir o hemos de esperar a otro?».

La ausencia del «sí» sin reticencias de Juan a Jesús expresa con energía que la mayor parte de los discípulos de Juan no se adhirió a Jesús y que no se evitó la piedra de tropiezo. Desde el punto de vista narrativo, el final del relato es simétrico al comienzo: *reina en él la incertidumbre*.

Juan duda. Para solucionar las cosas, Jesús se decide a la acción. Los discípulos de Juan vuelven con la respuesta de Jesús. No solamente referirán a su maestro la serie de obras de salvación como la primera vez (v. 18), sino también la interpretación de las mismas por la palabra de Jesús. Lo que Jesús quiere mostrar al Bautista es la conformidad de sus obras de salvación con la Escritura. La interpretación es una actualización de la profecía según el esquema promesa-cumplimiento. Jesús, en su respuesta, se apodera de la promesa de la Escritura y la aplica a los acontecimientos actuales. De esta manera *responde con un sí* a la pregunta del Bautista, sin explicitarlo.

- *El juicio de Jesús sobre el Bautista (vv. 24-28)*: La partida de los enviados inaugura una nueva etapa. Jesús apela a la participación de sus oyentes con una pregunta que no tiene nada de abstracto, sino que contiene un tono de exhortación: «¿Qué salisteis a ver?» (v. 24b). El lector está enterado de que Juan Bautista vivió y actuó en el desierto y conoce lo que de carismático había en su ministerio. Lucas comparte con la tradición el simbolismo del desierto como lugar de penitencia y de renovación escatológica.

Los dos ejemplos negativos son difíciles de comprender para nosotros. En la antigüedad se compara a veces al hombre que vacila o es débil con una caña. Pues bien, Juan tenía ante el pueblo *la fama de ser exactamente lo contrario*. La vida ascética de Juan era igualmente bien conocida, de forma que la segunda pregunta retórica está pidiendo una respuesta negativa lo mismo que la primera. *Malakós* («esponjoso») se usaba corrientemente para hablar de los vestidos de tela suave y delicada, pero aquí tiene un sentido peyorativo de «flojo», «blando», «afeminado». Al contrario de la primera, la segunda pregunta recibe una respuesta fácil: no se encuentra a la gente refinada en los desiertos, sino en los palacios. En esta respuesta (v. 25b), Lucas añade a la elegancia de los vestidos la vida de lujo (*tryfé*, «molice», «comodidad»). Después de la tercera pregunta retórica, viene finalmente la buena respuesta («sí, os digo»). Un profeta es el hombre al que Dios, activo de nuevo, ha llamado y enviado. Hay que escuchar a ese hombre y correr hacia él. *Típica de Jesús* es una revelación en forma de enigma: «... y más que profeta». Entre un profeta y el Mesías solo queda un sitio libre: el del último profeta, el del profeta escatológico, el del profeta semejante a Moisés. Esta espera del profeta escatológico permanecía viva en otros movimientos de reforma, como demuestran los textos de Qumrán. El «más» que profeta se ilustra con la cita compuesta de Ex 23,20 y Mal 3,1. Para Lucas, Juan es, en cuanto el último de los profetas, el primer compañero del Mesías, o mejor dicho, su precursor en la historia de la salvación.

Como es el primero que recorre el camino del cumplimiento escatológico, se puede decir de él que es el mayor entre los seres humanos nacidos hasta entonces (v. 28a). Pero como tiene todavía un pie en el antiguo tiempo, cualquiera que sea miembro por entero del Reino es mayor que él. Los términos metafóricos de la comparación «más grande», «más pequeño», no se refieren a las personas en cuanto individuos, sino en cuantos miembros de una comunidad: la de la humanidad («entre los nacidos de mujer») o la del reino de Dios, en el que han recibido una nueva patria y una nueva identidad. Esta doble pertenencia, a la humanidad o al Reino, se desarrolla bajo forma narrativa en los vv. 29-30. Todo ser humano pertenece a la primera comunidad, la humanidad. Para tener acceso a la segunda, se necesita un acto de adhesión (escuchar, y luego confesar, v. 29a).

- *La ruptura en Israel (vv. 29-35)*: El resumen de la situación (vv. 29-30), constatando la obstinación de los dirigentes de Israel, prepara en forma narrativa la acusación profética de los vv. 31-35. En el trasfondo está el motivo (deuteronomista) del *endurecimiento*. No todos cierran sus oídos y su corazón en Israel, sino solamente los conductores del pueblo, los fariseos y los escribas o juristas. De este modo la división de Israel se dibuja ya desde el comienzo de la última fase de la historia de la salvación. El pueblo ha escuchado, ha hecho lo que Dios esperaba de él. El que esta escucha conduce al arrepentimiento resulta evidente cuando nos encontramos con la palabra «publicano». Además, la mención del sello visible del arrepentimiento, el bautismo, nos recuerda que se trata de algo más que de una actitud interior. Hch 19,4 pone en labios de Pablo una explicación del papel del Bautista que corresponde de hecho al pensamiento de Lucas. Las palabras y los ritos de Juan tenían que suscitar el arrepentimiento, para conducir luego a la fe en Jesucristo. Ligeramente separados en el tiempo, los dos enviados pertenecen al mismo «designio de Dios» (v. 30). Al rechazar el bautismo (v. 30b), los dirigentes de Israel no conocieron la hora de salvación que era para ellos la hora decisiva. Esta ocasión fallida, estos *kairoi*, estos «tiempos favorables» desaprovechados, es lo que las sentencias siguientes van a concretar (vv. 31-35).

En cambio, los que le han escuchado en Israel lo «han justificado», le «han dado la razón». Este verbo, raro en Lucas, ha sido repetido en la última sentencia de la perícopa (v. 35). Significa aquí que los que creen aceptan el designio de Dios y lo aprueban. El Señor se ha mostrado justo en su iniciativa benévola, en el sentido de una propensión totalmente dinámica a salvar; según las reglas de la *equidad*, no es precisamente «justo».

El v. 31 parte de la constatación trágica del v. 30. Lo que cuenta es la ruptura en Israel: por un lado el éxito, la acogida de los enviados de Dios; y por otro el rechazo inscrito en unos corazones obstinados y versátiles. En el v. 32, no es fácil describir a los muchachos que juegan, porque no conocemos ese juego. La solución del enigma en los vv. 33-34 sugiere esta interpretación: por un lado, «nosotros», o sea, los enviados de Dios que hacen propuestas, y por el otro «vosotros», los contradictores. El juego fracasó porque los muchachos se quedan sentados; obstinados, han rechazado uno y otro juego: no han querido ni bailar en el juego de bodas, ni llorar en el juego de los funerales; no han respondido a la llamada de los músicos.

El «nosotros» formula dos reproches complementarios: primero, el de haber puesto mala cara, después de haber sido invitados a la danza, a la fiesta; después de la invitación, los muchachos se han negado a bailar; segundo, el de haberse opuesto de nuevo, después de proponerles un juego fúnebre; una vez más, no han querido aceptar la invitación. La danza y la flauta no gozaban de buena reputación; sin embargo, Jesús se atreve a incluirlas en su parábola para expresar la alegría, la libertad y la fiesta, de una manera contraria a como los profetas habían descrito la tribulación apocalíptica como un periodo del que estarían excluidos los cantos jubilosos. La situación escatológica, comparada con la danza, no prohíbe sin embargo entristecerse por las miserias del momento presente: el pecado está allí, de modo que es posible llorar y lamentarse. El Dios liberador es también un Dios realista que no suprime la muerte. El lazo de unión entre las dos sentencias es *la actitud de los interpelados*. No quieren ni intervenir en la danza ni entonar lamentaciones. Por eso esta frase es una acusación profética contra el rechazo altanero y contra la resignación pasiva.

La misión profética se indica por el verbo teológico «venir». Detrás de esta venida está el esquema de la sucesión de los dos enviados. Cada uno recibe su epíteto: Juan es «el Bautista» y Jesús es «el Hijo del

hombre». La descripción del estilo de vida de Juan dice de él más que su epíteto de Bautista. Aquí, «no comiendo *pan*» resulta extraño. O bien se toma el pan, como en el AT, en el sentido general de alimento (la sentencia insiste entonces en la frugalidad), o la expresión significa que Juan (como en Mc 1,6) no comía más que alimentos crudos y no manjares preparados por mano humana. De todas formas, su alimentación era más ascética de lo que prescribía la ley de Moisés, de manera que con este estilo de vida marginal se atrajo las críticas de algunos: está loco -se decía-, «tiene un demonio». Jesús, que «comía y bebía», representaba el otro extremo: un libertino (cf. el proverbio hedonista que critica Pablo en 1Co 15,32). Los interlocutores críticos de Jesús juzgan según un criterio moral (todo exceso es culpable), lo mismo que hacía la literatura sapiencial (Pro 31,4-7) y como hará luego la exhortación cristiana (Ef 5,18).

Lucas asocia ilógicamente a los «publicanos» (una profesión) con los «pecadores» (una categoría moral o étnica). El término de publicanos tiene para él un valor parabólico y concreta a los «pecadores» a quienes se dirigieron Juan y Jesús (cf. vv. 29; 5,27-28; 15,1). La amistad de Jesús con ellos (es su «amigo») manifiesta la benevolencia (*eudokía*) que Dios tiene con ellos (cf. Lc 15,1-2.3-32).

El v. 35 era en su origen una sentencia aislada que la tradición incorporó en este lugar como conclusión. La noción de «hijo» favoreció quizás esta relación. Este versículo es uno de los raros ejemplos de lo que se llama una *sentencia sapiencial* de Jesús. No hay que identificar a la Sabiduría con Jesús, sino con uno de los atributos de Dios personalizados. Representa a la divinidad en su bondad para con los seres humanos, en especial para con el pueblo elegido. Y es «justificada» por sus fieles seguidores, por «sus hijos». A lo largo de toda la historia de la salvación -y de la pérdida-, ha sido reconocida y anunciada por esos «hijos» suyos. De ellos es de donde saca su justificación. Y, entre ellos, se encuentran el Bautista y Jesús.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo que adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Petitionen, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?